



Lenin ajedrecista. Presentes entre otros, Gorki (de pie detrás de Lenin) y Krupskaja

EN EL CENTENARIO DEL FUNDADOR DEL PRIMER ESTADO SOCIALISTA DEL MUNDO

IMAGEN DE LENIN SEGUN SUS CONTEMPORANEOS

por el prof. MARIO CÉSPEDES

De la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile

En unas notas sueltas que el tiempo ha conservado, cuenta Kamenev que cuando se le dijo a Lenin —ya en el poder— que había el proyecto de publicar sus obras completas, éste, desdeñoso de cuanto no fuera acción y completamente ajeno, por otra parte, a vanidades literarias, respondió: —¿Y para qué? ¡Qué no habré escrito en estos treinta años!. . . No, camarada, no vale la pena. . .

Pero esas obras completas —contra la voluntad de su autor— empezaron a ser publicadas. En ellas está todo el pensamiento de Lenin. Pero, ¡qué poco dice esta

palabra! Porque el pensamiento de Lenin es también acción. Sus artículos y sus ensayos están dictados por la diaria necesidad de la acción política; se identifican con ella, la preceden, la estimulan, la justifican. Aquí es donde encontramos una de los rasgos más característicos de esta personalidad, que es la del arquetipo del político: no hay diferencia ni descoyuntamiento, para Lenin, entre acción y pensamiento. El mismo lo dijo en memorable ocasión: "Sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria; sin acción revolucionaria, no hay teoría revolucionaria". Jamás especula con lo abstracto: armonía absoluta entre inteligencia y voluntad.

Rechoncho, poderoso de espaldas, de hermosa frente desnuda, mirada maliciosa en que relampaguean unos ojos irónicos, anchos pómulos asiáticos y mentón terminado en barba rojiza, corta y puntiaguda, sabe hablar, sin mayor elocuencia, en lenguaje claro y simple que apunta directo a su objetivo. Es un discurso que no pide aplausos, sino reflexión; que no aspira a la aclamación, sino a la acción. En esto, Lenin es la antítesis de Kerenski, jefe del gobierno revolucionario al comenzar el año 17. Brillante abogado bajo el régimen zarista, acostumbrado a los procesos sensoriales, Kerenski se sentía llamado a los más altos destinos políticos. Orador que sabe inflamar a las masas, piensa que esta cualidad basta para hacer un buen dirigente. Rinde culto a la actitud y a la frase. En sus Memorias, editadas en USA, las palabras más frecuentes son "yo", "mi". No ha hecho en toda la Revolución más que adoptar posturas. Lenin, en cambio, abomina de la exaltación de su persona. Como marxista que ha hecho del marxismo su teoría filosófica y política para la acción, no acepta el culto a la personalidad y es muy difícil encontrar en las miles de páginas que escribió el "yo" o el "mi" que aprisiona a Kerenski.

De toda la actuación de Lenin, desde la víspera de su partida de Zurich hasta la formación en el monasterio de Smolny —antiguo colegio de damas nobles— del Consejo de los Comités del Pueblo, del cual será presidente hasta su muerte en 1924, se puede observar que no hay en Vladimir Ilich ninguna de las deformaciones propias del intelectual puro. Ya hemos dicho que la pura ideología le desagradaba; que su pensamiento es guía para la acción y que su teoría es la viviente expresión de los acontecimientos. Lenin escritor no existe, a pesar del torrente abrumador de páginas que escribió y que, reunidas, configuran un conjunto de más de cincuenta volúmenes. Lenin es revolucionario y estadista que escribe por necesidad, como un imperativo insoslayable de su acción cotidiana como tal. No cuida, por eso, la forma ni el estilo. A lo sumo, retoca algunas frases para alcanzar su fin: convencer, refutar, disuadir, aclarar, o desacreditar, según el caso. Su frase justa y precisa tiene simplicidad rectilínea y vigor argumental. "Se percibe en él —como dice Víctor Serge— una doble violencia interior: la de la convicción y la del ¡adelante!, que le lleva con fuerza, todo entero, a la acción".

Cuando triunfó la Revolución de Octubre, la maledicencia internacional se refociló



Lenin, Krupskaya, Maria Ulianova y Zagorski durante el desfile de las tropas que pasaron el curso de instrucción general militar. Moscú 25 de mayo de 1919

hurgando en la sentina de la historia a fin de desacreditar al Gobierno Bolchevique que comenzaba su acción y a la personalidad más brillante que él tenía. Esa maledicencia aun no ha terminado. Pero por sobre ella, se alza el juicio de la historia que, claramente, ha sido expresado por los más eminentes autores de nuestro tiempo. Y en cuanto a Lenin... bueno, está el testimonio de los hombres que le conocieron. No sólo el testimonio de los "hombres rojos", sino el testimonio de los "hombres verdes" que, venidos desde todas partes del mundo, dialogaron con él y estamparon sus opiniones.

En medio del vórtice revolucionario, en los mismos días de Octubre de 1917, un periodista norteamericano, Yarros, corresponsal de la Associated Press en Petrogrado, se enfrenta a Lenin. Es el primer hombre verde que hablará de Vladimir Ilich. Lo encuentra en la improvisada sala de sesiones del Soviet, en el Smolny. Cuando llega Yarros, están anunciando la intervención del "camarada Lenin". Estalla una ensordecedora ovación. "Todos se ponen de pie —escribe

Yarros— y gritan ¡Viva Lenin!”. “Todos expresaban —sigue diciendo— fidelidad apasionada e infinita hacia aquel hombre modesto y de aspecto tan sonriente. Era de talla mediana, frente alta, acusada calva, pómulos un tanto pronunciados y ojos ligeramente entornados. Levantaba la mano para que cesara la ovación. Era evidente que no estaba pensando en aquella impresionante acogida sino en algo que tenía para él mayor trascendencia. Su discurso confirmó mi impresión: planteó el paso del poder a los Soviets. Hablaba con sencillez y no había en él la menor afectación. Su lenguaje era sumamente claro y lógico”.

Meses más tarde, de regreso en Estados Unidos, Yarros fue entrevistado en numerosas ocasiones y es digna de recordar la respuesta a un profesor de la Universidad de Chicago que le preguntó cuáles eran, en su opinión, las causas del éxito de Lenin. “No se deben a su oratoria —dijo Yarros— sino a que es un hombre de acción pensada y concreta. Lenin sabía exactamente lo que quería y, con tal de ver realizados sus ideales, en los que no perdió la fe ni durante su deportación en la lejana Siberia ni en los muchos años pasados en el exilio, no se compadecía de sí. Pero lo principal es que Lenin comprendía al pueblo y conocía sus necesidades. Sabía que el campesino ruso no necesitaba ni Constantinopla ni los Dardanelos, cuya existencia ni siquiera sospechaba, sino la tierra; sabía que el obrero ruso, que trabajaba diez o doce horas diarias necesitaba la jornada laboral de ocho horas y unas condiciones de vida más soportables, y no una constitución como la británica y la libertad de perorar en una variante rusa del Hyde Park; sabía que ese campesino y ese obrero, enfundados en el uniforme militar, necesitaban la paz y no la guerra “hasta el final victorioso”. Les prometió darles todo eso, y ellos le siguieron. Y si Lenin no ha podido cumplir de golpe sus promesas la culpa la han tenido las grandes potencias, comprendido nuestro país”.

El segundo testimonio importante emanado de un extranjero en Rusia corresponde a Bertrand Russell, que llega a ese país como integrante de una delegación en 1919. Como tantos otros intelectuales, el noble inglés se había sentido atraído poderosamente por los acontecimientos rusos. En su obra “La práctica y la teoría del bolchevismo” da una significativa impresión sobre Lenin. No oculta la inquietud que le produce este hombre cuya complejidad parece desconcertarle. “Lenin es muy acogedor y simple en apariencia —dice Russell— sin la menor traza de orgullo. Viéndole, sin saber quién es, no se creería que posea un poder inmenso ni incluso que se salga para nada de lo ordinario. Jamás he visto una persona tan poco dispuesta a darse aires de importancia. Fija en uno una mirada escrutadora, guiñando un ojo, lo que parece acentuar en un grado inquietante la fuerza de penetración del otro. Se ríe con facilidad; en un principio su risa parece simplemente amistosa y regocijada, pero poco a poco he acabado por encontrarla irónica. Auto-



Lenin, Krupskaja (en el centro) y la hermana de Lenin Ana Elizarova en Gorki con Viktor, sobrino de Lenin, y Vera, hija de un obrero

ritario y tranquilo, no conoce el miedo. Es un personaje extraordinariamente desinteresado; una teoría hecha hombre”.

Por aquellos mismos días llegó a Rusia el francés Frossard, que junto con Marcel Cachin asistía a las sesiones del Comité Ejecutivo de la Internacional. En sus notas se leen las siguientes observaciones: “Lenin está presente cuando se abre la sesión, simple, familiar y sonriente. Es saludado por todos con respeto. Tan pronto se sienta o más bien se tumba en su sillón como se pone de pie junto a la ventana, con las manos en los bordes del chaleco, bajito, vivo, ágil y nervioso, pero nunca deja de mirarnos a todos con sus ojillos semicerrados de tonos cambiantes. Consulta un expediente, toma notas, se levanta, camina un poco, se sienta, se vuelve a levantar, no puede estarse quieto ni un momento”.

Por último —y dentro de estas citas correspondientes a los hombres verdes que en alguna ocasión alternaron con Lenin— hemos seleccionado las observaciones hechas por el inglés Herbert George Wells el año 1920. Desde un comienzo, todo pareció molestar a Wells en Rusia. Sus calles, sus plazas, su gente, sus costumbres...

“Veó pobreza por todas partes”. “Las calles de Moscú se encuentran en estado horrible con baches por todas partes”. “El olor a coles lo llena todo”, etc., son frases frecuentes en sus crónicas rusas. Pero confiesa: “He de reconocer que pasé grandes apuros durante la discusión con Lenin, viva y sincera”. “Ocurre —agrega— que Lenin, como verdadero marxista, rechaza a todos los utopistas. Pero él mismo está empeñado en una utopía descomunal: la de la electrificación. ¿Puede concebirse proyecto más audaz en este enorme país cubierto de bosques y estepas, poblado por campesinos analfabetos, sin hombres que entiendan de técnica, en el que están paralizados por completo la industria y el comercio?”.

Y con mirada que él estimaba certera, Wells terminaba sus meditaciones con estas palabras: “Aunque mire el más mágico de los espejos yo no veo esa Rusia del futuro. Pero el *soñador del Kremlin*, con su pequeña estatura, posee el don de la imaginación. Ve los ferrocarriles eléctricos que surgirán hoy en las maestranzas en las que sólo hay ahora vagones destrozados; ve carreteras que cruzarán todo el país; ve cómo se levanta, renovada y dichosa, la potencia comunista industrializada. Y durante nuestra entrevista, ¡casi logró convencerme de la realidad de sus predicciones!”.

El testimonio del célebre novelista inglés, que había escrito ya su audaz “Esquema del porvenir”, donde preveía —nuevo Julio Verne— los adelantos científicos y técnicos que alcanzaría el hombre en cien años más, es suficiente para dar la medida del talento conductor y político de Vladimir Ilich. ¡Wells, el mago de “La guerra de los mundos”, concebía imposible la obra en que está empeñado Lenin! Pero los “sueños” de Lenin dieron sus frutos aún antes de la muerte de Wells, cuyas vacilaciones están sintetizadas en una frase que escribió al finalizar la guerra: “Si los diez próximos años no son lamentables y desastrosos, serán los más grandes de la historia”.

El testimonio que sobre Lenin vertieron “los hombres rojos” acentúa, en sus líneas generales, los caracteres humanos del líder.

Y esto es particularmente notorio cuando ha sido trazado por la mano cordial y espontánea de alguno de los obreros o campesinos de la Revolución. A veces, la nota adquiere contornos de emocionada exaltación.

Así, por ejemplo, en esos ajetreados días de 1917 un revolucionario búlgaro que ha servido como voluntario en el Ejército Ruso durante la Guerra, Cherkezov, escribe: “Cada vez que nos veíamos con Lenin me preguntaba por la vida y por las dificultades con que tropezaba yo en el cumplimiento de las misiones que me encomendaba. Siempre afable, natural, cariñoso. Así trataba a todas las personas con quienes tuve oportunidad de verle. Producía a todos una impresión enorme, no sólo por su inteligencia sino también por su franqueza. Decía sin ambages a los visitantes en qué tenían razón y en qué estaban equivocados. Y si alguno se empe-

cinaba, aportaba multitud de argumentos para convencerle de cuál era el punto de vista acertado en el problema que se debatía. Este rasgo de Lenin me gustaba sobremanera y le ganó definitivamente mi corazón”.

Las “Conversaciones con Lenin” de Clara Zetkin constituyen otro notable testimonio de primera mano. En esas páginas, mil veces reproducidas, resalta no sólo la levadura humana de Lenin, sino el marco histórico en que ella adquirió sus contornos definitivos. La famosa charla sobre el arte que trenzan en apasionado diálogo Clara Zetkin y Lenin es reflejo, entre otras, de la riqueza dialéctica del líder. Allí Lenin afirmó —“brillándole sus ojos como carbones encendidos”— que el arte era patrimonio del pueblo y que sus raíces debían penetrar en lo hondo de las masas trabajadoras; que el arte debía aunar los sentimientos, ideas y voluntades de los obreros, despertar en ellos el sentido de lo estético; desarrollarlos y elevarlos. “Sí. Elevarlos —dijo textualmente, según Clara. Lo popular no está en la vulgarización sino en que lo que se quiera popularizar esté al alcance de las masas. No hay que rebajarse —agregó— al nivel del lector subdesarrollado, sino, con la mayor cautela y el máximo de claridad, elevar su desarrollo. Para que el arte llegue al pueblo y el pueblo llegue al arte es necesario elevar el nivel de instrucción general y cultural de las masas, lo cual sólo será factible cuando los artistas trabajen pensando en los obreros y campesinos”.

¿Y Gorki? ¿Qué opinión formuló sobre Lenin? Al respecto mucho ha especulado hasta hoy día la prensa burguesa, colocándolos en un supuesto plano de violenta oposición.

Veámoslo brevemente.

Alexis Maximovich Peshkov (Gorki) oyó hablar de Lenin por vez primera en 1896 en la ciudad de Samara. Lenin, por su parte, era ya lector asiduo de Gorki y se interesaba mucho por la personalidad y el pensamiento del nuevo escritor. Se conocieron en 1905, cuando Gorki había ya tomado contacto con la *Iskra* revolucionaria dispuesto a colaborar en el periódico. Desde aquellos días sus nombres aparecían juntos con mucha frecuencia en las mismas hojas de propaganda revolucionaria. Los temas de las obras y de los artículos de Gorki —dictados por sus experiencias de la vida popular rusa y por sus reflexiones— seguían casi siempre el mismo cauce que las intervenciones de Lenin y de la prensa bolchevique. “La revolución no podrá ser aplastada —escribió Gorki en los días de la insurrección armada de 1905—. La llama necesita a veces envolverse de humo y ocultar en él su temible faz; ocultarla, no para apagarse en él, sino solamente para reunir todas las fuerzas e inflamarse de nuevo para abarcarlo todo y quemarlo todo”. En el exilio, la amistad se fortaleció. Gorki escribió mucho sobre “el amigo cariñoso y el maestro severo” que veía en Lenin. Hubo, nadie lo niega, discrepancias sobre asuntos de filosofía y de política. Pero ellas no afectaron —contrariamente a lo que se ha dicho—

la profunda admiración y cariño que ambos hombres se profesaban. Lenin no guardó silencio ante lo que suponía equivocaciones de su amigo. Y procedió así porque tenía profunda fe en los vínculos de Gorki —hombre del pueblo— con la revolución proletaria. “La situación debe ser muy penosa para Ud. ahora” —le escribe Lenin en carta del 16 de noviembre de 1919. “Ha tenido que ver de golpe el movimiento obrero y la socialdemocracia en un aspecto, en unas manifestaciones y en unas formas que en la historia de Rusia y de Europa Occidental han conducido ya más de una vez a los intelectuales incrédulos a perder las esperanzas en el movimiento obrero y en la socialdemocracia”.

Mientras estos diálogos ocurrían, la prensa burguesa difundía a tambor batiente el rumor de que Gorki había roto con los bolcheviques. “La prensa burguesa —respondió Lenin— quiere que Gorki salga del Partido”.

Pero oigamos al propio Gorki.

En sus “Recuerdos sobre Lenin” el autor de “La Madre” dice: “En los años 17 y 18 mis relaciones con Lenin estuvieron lejos de ser las que yo hubiera querido, pero no podían ser otras. Cuando Lenin llegó a Rusia en el año 17 y publicó sus “Tesis” pensé que con ellas sacrificaba en aras del campesinado ruso a todo el ejército, insignificante cuantitativamente y heroico cualitativamente, de obreros educados en el aspecto político y a todos los intelectuales sinceramente revolucionarios. Esta fuerza, la única activa de Rusia, iba a ser arrojada, como un puñado de sal, en el insípido cenagal de la aldea y se disolvería sin dejar rastro, sería absorbida por ella sin cambiar nada en el espíritu, la vida y la historia del pueblo ruso”. Lenin responde: “Si teme la dictadura del proletariado y la rechaza, ante la perspectiva de una supuesta derrota del poder proletario por la burguesía, ¡su actitud equivale a *retroceder secretamente* a la posición de *pacto* con los capitalistas! Es claro como la luz del sol que quien teme la resistencia, quien no cree en la posibilidad de vencer esa resistencia, quien dice al pueblo: “tened miedo a la resistencia de los capitalistas, no conseguiréis vencerlos”, lo que hace *en realidad* es invitarle, una vez más, a que pacte con los capitalistas”.

Gorki, después de estas polémicas, comprendió los razonamientos del estadista. “Se arremangó —como dice un cronista de la época— y ayudó al partido a crear la cultura socialista”. Se entregó por entero a los asuntos cotidianos de la joven República Soviética. Parecía que no le quedaba ni un minuto libre para la creación. Y, sin embargo, escribía. Entre 1918 y 19 salieron de su pluma una serie de ensayos sobre Korolenko, Tolstoi y Andréiev, no para evadirse de la realidad inmediata sino para expresar —a través de esas grandes figuras— su posición combatiente, próxima a la de Lenin. En su ensayo dedicado a Leónidas Andréiev, por ejemplo, Gorki expresa la tragedia del escritor de talento que se aparta del pueblo y se niega a acompañarlo en la revolución. Afirmaciones del escritor que superaban

sus estados de depresión o escepticismo frente a la Revolución de Octubre. En una carta escrita en 1919 —y que revela cuán profundamente se comprendían ambos hombres por sobre sus diferencias— Lenin dice a Gorki que no quiere hacer “la menor alusión a discrepancias en la política o en las ideas”. Considera, agrega, que su estado de ánimo es resultado de los sufrimientos de un hombre “que se ha colocado a sí mismo en una situación que le impide observar la vida nueva y le dominan las impresiones de putrefacción de la enorme capital de la burguesía”. Estar cerca de la vida es el llamado que Vladimir Ilich repite infatigablemente en la correspondencia con Gorki que abarca desde 1906 hasta 1924. “Siga Ud., amigo mío, sus vagabundeos por la nueva Rusia, como lo hizo por la antigua, porque eso significa para un escritor revolucionario, como Ud., la posibilidad de golpear cien veces más a los Romanov y Cía.”.

Hasta 1921, en que Gorki, gravemente enfermo, debió marchar al extranjero, sus visitas a Lenin menguaban. “Un sentimiento de inmensa alegría nos embargaba a cuantos trabajábamos en la secretaría de Vladimir Ilich —escribe María Gliáser— cuando venía a verle Gorki. Esta alegría era originada por la animación de Vladimir Ilich, que nos contagiaba a todos; por su impaciente espera de Gorki; por su gran cariño, que todos percibíamos a Gorki como a un amigo íntimo”.

Ese amigo íntimo sufrió un duro golpe cuando en 1924 Nadia Krúpskaia le comunicó por carta, sobriamente: “Ayer enterramos a Vladimir Ilich”. Fue entonces cuando se dio a la tarea de escribir su biografía de Lenin, a la cual llamó “Un hombre”. “Exteriormente —escribe Gorki— Lenin era todo palabras, como el pez escamas. Sencillo y claro como todo lo que decía. Su heroísmo carecía casi en absoluto de brillo exterior”. Y más adelante: “Me admiraba su patente voluntad de vida y su vivo odio por las ignominias, el ardor juvenil que ponía en todo, lo que hacía. Me maravillaba su sobrehumana capacidad de trabajo. De ademanes ligeros, ágil, sus gestos, medidos pero vigorosos, armonizaban bastante bien con su oratoria, igual de sobria en palabras, pero rica en ideas. En su rostro de tipo mongol brillaban, chispeaban aquellos ojos perspicaces de luchador infatigable contra las falsedades y miserias de la vida; brillaban, tan pronto entornados como haciendo guiños, con sonrisa irónica, chispeantes de cólera. Brillo que infundía a su discurso mayor ardor y claridad”.

El testimonio de Gorki —de indudable adhesión al político y al maestro que vio en Lenin— es inobjetable. Como lo es el que, andando el tiempo, han ido entregando la historia y el pensamiento. Por sobre la sordidez de quienes pretenden hacer de la historia una crónica partidaria se alza el juicio de quienes han sido, en estos años cruentos que corren entre 1900 y 1924, testigos y jueces de su época. “Aunque Lenin no se halla entre los vivos —escribió el novelista norteamericano Theodore Dreiser— el régimen social que fundó y que sus compañeros y sucesores con-

dujeron a su actual poderío, nunca se perderá para las futuras generaciones”. Albert Einstein, por su parte, dijo: “En Lenin respeto al hombre que empleó toda su vida, con entero sacrificio de sí mismo, para realizar la justicia social. Los hombres como él son guardianes y renovadores de la conciencia de la humanidad”. Y Thomas Mann: “Lenin, sin duda, es de magnitud histórica mundial”. Y Bertrand Russell: “Lenin parecía destructor de la burguesía mundial, pero no fue la destrucción la que lo hizo célebre. Otros también pueden destruir, pero dudo que haya otro hombre que pueda construir tan bien de nuevo”. Y Bernard Shaw: “Soy feliz porque cuando la prensa inglesa calumniaba a Lenin, inclusive más que a Jorge Washington en 1780, y cuando el gobierno inglés gastaba cien millones de libras esterlinas para financiar a los enemigos de Lenin, yo lo saludaba como el máximo estadista de Europa en la dedicatoria de uno de mis libros. Esperaba que eso ayudaría a demostrar a Lenin que en Inglaterra no sólo viven víctimas entontecidas por la prensa burguesa. No dudo que llegará el día en que en Londres se erigirá un monumento a Lenin, al lado del de Jorge Washington...”

¿Para qué seguir?

“Las víctimas entontecidas de la prensa gurguesa”, de que habla Shaw van siendo cada vez menos. Y la figura de Lenin va siendo cada vez más cabalmente comprendida. Se aunaron en su persona —en síntesis pocas veces dada en la historia— el revolucionario y el estadista. De ambos tipos de conductores, fue Lenin el arquetipo. De allí también, como lógica consecuencia, su lección de la más alta moral política que ha de quedar en la historia como símbolo de este siglo xx. Esto, sin agregar lo que dijera Gerard Walter hace quince años: “Vivimos bajo el signo de Lenin. Cada cual es libre de sentirse feliz o infeliz sobre las ventajas o los inconvenientes de esta situación. Lo que importa es su presencia cotidiana, convertida hoy en inexorable realidad”.



En Gorki. Agosto-septiembre de 1922